

EL RELOJ DE ARENA

La tienda de Marina se había convertido en un referente en el barrio, la que antes era de Manuel.

Una noche, se quedaron un poco más tarde de lo normal arreglando trastos y entre ellos, encontraron una pequeña caja de no más de veinte centímetros de larga en forma de pequeño baúl.

Manuel se fue a su rincón de juguetes de madera y eligió varios muñecos que dispuso en formación. Marina miraba la escena absorta mientras abría el cofre, cogía un pellizco de arena con las manos y poco a poco lo iba soltando como si estuviera sazonando algo. De la arena salía como una especie de luz interior que iluminaba el pequeño teatro. Como por arte de magia, los muñecos empezaron a cobrar vida. Sus movimientos eran toscos pero el conjunto formaba un cuadro mágico. La luz era el centro de atención de algo que parecía imposible. Cuando cayó el último grano de arena, la luz se apagó y los muñecos dejaron de moverse. Todo quedó como si nunca hubiera pasado nada.

Manuel hizo memoria y le contó a Marina que lo solía abrir con su hijo, él sí que podía verlo, pero desapareció cuando él murió. La magia se fue con él.

Marina no salía de su asombro. Estaba soñando, aquello era una fantasía provocada por las palabras de Manuel. Era imposible lo que había pasado. Pero Manuel repitió la escena y todo funcionó como antes.

Al día siguiente Manuel no apareció, se lo encontraron muerto en la cama, como durmiendo plácidamente.

Entonces se le ocurrió una idea. La arena era muy fina, más que la de playa, de color gris azulado. Hizo averiguaciones y encontró a alguien que le haría un reloj de arena a la medida de la cantidad que contenía el cofre. Procuró no utilizarla toda para no dejar el cofre vacío. Cuando lo tuvo acabado, puso, tanto el cofre como el reloj, en una estantería preferente, cerca de la caja de salida, donde se situaba ella habitualmente.

De vez en cuando daba la vuelta al reloj. Mientras caía la arena, en un rincón, se veía a los muñecos de madera moverse sigilosamente como si fueran niños traviosos escondiéndose de la tutela de sus padres. Uno de ellos era como un niño, el otro era la viva imagen de Manuel. Marina atendía a los clientes, contenta porque sentía que Manuel seguía con ella.